

consejos, que viniendo de Don Quijote son siempre idealísticos y comprensivos en todos los temas salvo en el de la caballería andante y que proviniedo de Sancho son sabrosos y prácticos. Llevado de esa amistad se lanza Robert a recorrer la ruta de Don Quijote y lo hace con el ideal más realista de las tierras por donde pasa hasta llegar a Argamasilla de Alba, sobre todo de la Isla, los Puertos y la campiña jerezana.

Aún no deteniéndose en ciertos puntos principales del trayecto como le pasa con Sevilla, de la que se le ve tan enamorado que no le place visitarla a la ligera, aludiendo a sus monumentos, como lo hace también de Córdoba con sentida admiración. Y por fin llega a Argamasilla de Alba, llamado el pueblo de Don Quijote, quedando sorprendido del molino decorativo que hay a su entrada y cerca del cual durmió, pues hay que aclarar que Robert, aunque hizo el viaje en coche, dormía al aire libre en una colchoneta que llevaba y cerca de la cual cocinaba a su gusto y bebía a su satisfacción, salvo en Villarrobledo donde le dijo el jefe de la policía municipal que aquel era un pueblo muy importante, con buenos hoteles y no se podía consentir que nadie durmiera como los gitanos.

Este buen hombre, agudo observador y comentarista sagaz, hace un relato de cuanto aprecia en la España que encuentra por los años novecientos sesenta, pero evocando lo de la época cervantina, sus tierras y sus gentes, que no es tanta la diferencia y más nos valdría que no fuera ninguna. Va de la mano de Don Quijote, como hermano menor del que se tira para que ande deprisa y no se caiga, pero siguiendo los pasos del caballero y publicó en su país este interesante libro con el título supradicho, tan compenetrado con el espíritu de la obra y con el fino humor de las escenas transcendentales que no hay pasaje en el que no nos haga sentir soterrada la realidad revestida de los idealismos con regocijada sorna cazurra.

Es importante señalar su perplejidad las numerosas veces que se toman los personajes de la novela como de carne y hueso, porque de eso ha pasado y sigue pasando aquí mucho y no solo entre los pardillos sino entre los personajes más calificados y aún entre los cervantistas más competentes que mueven una trifulca por si Rocinante pudo andar o no pudo andar tanto o cuanto o por la hora a que debió llegar al Toboso o donde y en que venta tuvo que velar sus armas necesariamente el caballero andante. No cabe mayor grado de bizantinismo, pero él también se enzarza en la discusión y nos lleva a nueva venta que para qué nombrarla en busca de nuevas y delirantes suposiciones, donde, con toda seguridad, debió velar las armas el caballero andante y dialogar con Maritornes, que sin falta estaba allí como en toda venta.

Parece inevitable esta actitud, como si del libro emanaran efluvios de delirio, porque no hay lector que en cualquier escena no se ponga a hacer cábalas sobre lo que pudo pasar o no pasar y lo que debió haber pasado, siendo de verdadera locura el cúmulo enorme de interpretaciones e insinuaciones y estudios minuciosos publicados en todas las partes del mundo e imposibles de conocer porque el pretenderlo sería para perder la razón.